

## MORA EN VARIOS TESTIMONIOS DE VIAJEROS (1499-1913) Y EN LAS RELACIONES DE TOMÁS LÓPEZ (1783)

Mal que nos pese, y con la reserva que implica generalizar, hay que convenir en que los morachos hemos sido, y seguimos siendo, poco celosos de lo nuestro. Los tiempos nos han ido deslizando por la pendiente del conformismo, del fatalismo, de una apatía que nos ha ido aturdiendo, que nos ha privado de emprender, de indagar, de preguntar y preguntarnos. Apenas si nos ha interesado saber quiénes somos, quiénes éramos, cómo éramos, cómo nos veían los demás, cómo nos veíamos nosotros mismos... ¿Tal vez porque hemos vivido largamente en tierra de frontera y hemos asistido al ir y venir de unos y otros en el correr de la historia? ¿Tal vez porque hemos sido pobres? ¿Fue la pobreza la que nos hizo resignados, o la resignación la que nos hizo pobres?

Lo cierto es que conocemos poco del pasado de Mora y de los morachos, a pesar de los esfuerzos realizados en su día por los hermanos Rafael y Alejandro Fernández Pombo, y en el nuestro por Hilario Rodríguez de Gracia. Esfuerzos fructíferos, no hay duda, pero que solo desvelan una pequeña parte de lo que ignorábamos. No hace mucho que el propio Rodríguez de Gracia cifraba en miles los documentos que duermen en los archivos a la espera de ser estudiados.

Toda ella es materia que desborda las capacidades del autor de estas líneas, pero no su decisión de arrimar el hombro. Nos proponemos en el futuro inmediato contribuir a la tarea rescatando del olvido o semiolvido en que se encuentran gentes, casos y cosas de Mora merecedoras del recuerdo de ahora y de siempre.

La empresa nos ha surgido al investigar sobre viajes y viajeros (para el portal [Viajeros españoles](#) inaugurado hace unos meses en la [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)). Entre los centenares de referencias que nos han ido brotando, han aparecido algunas de Mora, que precisamente queremos poner a disposición de nuestros paisanos. Se trata de oír, de leer (entre líneas a veces) a través del tiempo los pareceres de algunas personas que han ido y venido a Mora, de Mora, que han pasado o parado por nuestro pueblo y por otros, que nos han visto como éramos o como les parecíamos ser. Lo que

adquiere no poco valor: el que proporciona la visión por lo común desapasionada, imparcial, no condicionada; la visión que, por subjetiva que sea, suele pertenecer a quien ha visto mucho y diverso.

En cuanto a los textos reproducidos, modernizamos siempre su ortografía y puntuación, restituyendo incluso las abreviaturas cuando las hay; traducimos al castellano los publicados originalmente en otros idiomas, y anotamos las referencias que hemos juzgado de interés para el lector actual. Incluso, como acabamos de ver poco más arriba, insertamos enlaces para acceder a algunos contenidos principales o complementarios disponibles en internet.

## 1. Los Reyes Católicos, nada menos (junio de 1499)

Los Reyes Católicos, ambos, visitaron Mora del 4 al 6 de junio de 1499.<sup>1</sup> Ese año lo habían vivido en Ocaña hasta el 7 de mayo, fecha en la que se trasladaron a Madrid, donde permanecieron tres semanas, tras las que emprendieron, el día 29, un viaje a Andalucía durante el que sabemos que recalaron además, antes y después de su estancia moracha, en Toledo del 30 de mayo al 3 de junio, en Villarta de San Juan el 7 de junio, en Manzanares los días 9 y 10, y en Jaén el 24 de ese mismo mes. Del 2 de julio al 30 de noviembre residieron en Granada, y desde el 10 de diciembre, en Sevilla.

Pese a que no nos ha quedado testimonio directo de ella, la estancia en Mora de los monarcas se revela verdaderamente destacable —y es lo que pretendemos poner de relieve— si atendemos a que: a) viajaron ambos, cuando era habitual que, por separado, Isabel se ocupase de los asuntos de Castilla y Fernando de los de Aragón; b) la estancia fue de tres días, lo que supera con mucho el que podía ser mero descanso reparador; c) en el trayecto Madrid-Granada solo se detuvieron, o solo consta que se detuviesen, en Toledo, Mora, Villarta, Manzanares y Jaén; y d) durante un reinado marcado por constantes viajes, en lo que respecta a las tierras toledanas —aparte Toledo y Ocaña, que fueron destinos frecuentes— visitarían únicamente Torrijos (Isabel sola, en 1475 y 1502), Yébenes (de nuevo Isabel, en 1483) y Consuegra (ambos, en 1487). En el anterior viaje andaluz, a Córdoba (el citado de 1483, cuando Granada era aún musulmana), en el que transitaron por nuestras tierras, habían hecho alto en Toledo, además de en Yébenes, antes de proseguir hacia Ciudad Real y Almodóvar del Campo.

---

<sup>1</sup> Trae el dato Hilario Rodríguez de Gracia en su fundamental *El Señorío de Mora. De la Orden de Santiago a los Rojas toledanos*. Toledo, IPIET, 1990 (p. 41, nota), que lo recoge, como nosotros, de Antonio Rumeu de Armas, *Itinerario de los Reyes Católicos. 1474-1516*. Madrid, CSIC, 1974, de donde procede también la información que sigue. La referencia de Mora, en p. 253.

## 2. Andrea Navagero pasa de largo (diciembre de 1526)

Por el contrario, no se detendrá en nuestra villa, durante su famoso viaje de 1524-1526, el veneciano [Andrea Navagero](#) (1483-1529), humanista, político y embajador en la corte de Carlos V, del que ha trascendido sobre todo a la posteridad su relación con Juan Boscán, al que persuadió para que introdujese en la poesía española las formas y contenidos de la italiana que luego llevaría a cabo Garcilaso de la Vega. Pero sí cita a Mora en este pasaje que copiamos y anotamos:<sup>2</sup>

Saliendo de Almagro y dejando a la derecha a Ciudad Real, que dista cuatro leguas, llegamos a *Yébenes*, que está a ocho del primero de estos lugares, el día diez y nueve [de diciembre de 1526].<sup>3</sup> El camino va siempre por tierras incultas y deshabitadas, donde no se halla más alojamiento que algunas ventas tristes y *malaventuradas*. A cosa de tres leguas antes de llegar a *Yébenes*, cerca de una venta, se ve un antiguo acueducto que viene de muy lejos atravesando aquel desierto y va a parar a *Consuegra*, y aunque en muchas partes está muy destruido, se ven sus vestigios, y en algunos sitios está entero, tiene más de siete leguas.<sup>4</sup> El [día] veinte fuimos a *Orgaz*, que hay una legua, y desde aquí a Toledo, adonde llegamos el veintiuno. En el camino, pasado *Orgaz*, y distante una legua, están a la izquierda *Sonseca* y *Ajofrín*,<sup>5</sup> que dista dos; a la derecha hay muchos lugares, que son muy apacibles a la vista, situados en la falda de los montes alrededor de un gran valle. Se puede hacer este viaje por otro camino menos solitario y desierto que el antedicho, para lo cual al salir de la Venta del Palacio se debe tomar a la derecha para venir a

<sup>2</sup> Citamos de *Viaje por España del Magnífico Micer Andrés Navajero, Embajador de Venecia al Emperador Carlos V*. En *Viajes por España de Jorge de Eingen, del Barón Leon de Rosmithal de Blatna, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero*. Traducidos, anotados y con una introducción por D. Antonio María Fabié, de la Academia de la Historia. Madrid, Librería de los Bibliófilos, 1879, pp. 314-315. Las cursivas son del original. Navagero había salido de Venecia el 14 de julio de 1524 y llegado a Palamós el 24 de abril de 1525, y, con la corte, había pasado ocho meses y medio en Toledo: de mediados de junio de 1525 a finales de febrero de 1526.

<sup>3</sup> La legua era una unidad de longitud cuyo valor oscilaba según los diversos países, regiones y lugares. La llamada legua castellana variaba incluso dentro de los reinos peninsulares: se fijó originalmente en 5.000 varas castellanas, esto es, 4.190 metros, pasando en el siglo XVI a quedar establecida en 20.000 pies castellanos, es decir, entre 5.573 y 5.914 metros según lugares. En 1801 su valor quedó determinado en el equivalente a 5.572,7 metros, que se mantuvo hasta la entrada del sistema métrico decimal, lo que sucederá en España desde 1849, antes de su implantación oficial en 1880.

<sup>4</sup> Se trata de un acueducto romano, conocido como Puentes Secas, que, según parece, surtía de agua a Consuegra. Hallamos sobre él, en un diario francés de viaje de 1659, un curioso testimonio que quisiéramos ofrecer al lector: «Pasamos en la tarde [del 1º de noviembre] junto a los restos de un acueducto que parece muy antiguo, del que se conservan acá y allá algunos arcos enteros y acerca del cual nos contaron una bella historia para el recuerdo. Se dice que este acueducto había sido edificado por un moro que estaba prendado de una cristiana, que era señora de un castillo situado a una legua del camino por el que pasamos [el mismo que había hecho Navagero, ahora en sentido inverso], que se llama *Consuegra* y que había pertenecido antiguamente al conde don Julián. Esta joven, para deshacerse del caballero moro, le prometió desposarlo con la condición de que lograrse hacer llegar hasta su castillo el agua de una fuente caliente, que estaba a cuatro leguas. Cuenta la historia que el enamorado comenzó y acabó esta obra, cosa que su amada y todos habían creído imposible a causa de las montañas que había que salvar. Pero la cruel mujer, viendo que él había llevado el agua a su castillo, donde había mandado hacer una cisterna para retenerla, y no pudiendo resolverse a desposarlo, murió de despecho. No se dice lo que fue del moro» (François Bertaut, *Journal du Voyage d'Espagne...* Paris, Louis Billaine, 1669, pp. 57-58. Los términos en cursiva, y la cursiva misma, pertenecen tal cual al original).

<sup>5</sup> *Fonseca* y *Jofrín* en el original, que corregimos.

*Santa Cruz* (de Mudela), que dista seis leguas, y luego a *Valdepeñas*, que está a cuatro de Santa Cruz; a *Manzanares* hay otras tantas, y a *Villarta* otras cuatro,<sup>6</sup> e igual distancia a *Consuegra*, dos leguas a *Mora* y otras dos a *Toledo*.<sup>7</sup>

### 3. Una nota a Cosme de Médicis (noviembre de 1668)

Habrà de transcurrir siglo y medio para que asome de nuevo Mora, ahora en primer plano, en un pasaje del libro *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*,<sup>8</sup> sobre el no volveremos más que para una aclaración que nos parece pertinente: cuando se alude a los lugares vecinos de *Avala* y *Castranaia*, propiedad ambos de don Francisco de Rojas, debe entenderse que se trata respectivamente de Layos y El Castañar. Puede confundir al lector, además de la transcripción de Magalotti, la situación que les atribuye, pues no es cierto que se encuentren en el camino de Mora a Consuegra, como trae el texto, sino en el de Toledo a Cuerva (Layos) y en el de Cuerva a Sonseca (El Castañar). Sin duda el redactor no está bien informado en este punto.

### 4. El embajador del sultán (1690-1691)

Poco después, un embajador de [Muley Ismael](#) (o Ismail, 1645-1727), sultán de Marruecos, centrará el relato de su paso por Mora en la abundancia de los plantíos de viñedos y en el crecido consumo de vino de la totalidad de los naturales del lugar, muy probablemente desde la sorpresa de quien tiene tal bebida prohibida por su religión musulmana. Transcribimos el pasaje:<sup>9</sup>

<sup>6</sup> *Villalba* en el original, sin duda por error o por errata.

<sup>7</sup> Si tomamos como referencia el valor de la legua castellana en el momento en que viaja Navagero, tal vez caiga en la cuenta el lector de que las distancias de los itinerarios aquí consignados resultan en general escasamente certeras cuando no declaradamente erróneas. Se acercan a la realidad en los trayectos Almagro-Ciudad Real, Orgaz-Sonseca-Ajofrín y Valdepeñas-Manzanares; se alejan de ella no poco en los casos de Almagro-Santa Cruz de Mudela-Valdepeñas y Manzanares-Villarta-Consuegra; y mucho, en los recorridos Almagro-Yébenes-Orgaz y Consuegra-Mora-Toledo. No obstante, no cabe echar en saco roto lo que escribe el propio Navagero: «las leguas de España son desiguales, unas son muy largas, otras medianas y otras cortas» (*op. cit.*, p. 239). Nótese, por otra parte, que los dos itinerarios aquí esbozados coinciden sustancialmente con los recorridos por los Reyes Católicos en tierras toledanas: por Yébenes en una ocasión, por Mora en la otra.

<sup>8</sup> *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*. Edición y notas por Ángel Sánchez Rivero y Ángela Mariutti de Sánchez Rivero. Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, s.a. [1933], pp. 158-159. El fragmento, que recomendamos vivamente al lector, ha sido transcrito, traducido y anotado por Carlos Gilly en [Mora Web](#).

<sup>9</sup> *Viaje a España de un embajador marroquí enviado por Muley Ismael a Carlos II, y observaciones que hace en todo lo que vio (1690-1691)*. Procede de un manuscrito árabe de la Biblioteca Nacional de Madrid después traducido al francés (*Voyage en Espagne d'un ambassadeur marroquin (1690-1691), traduit de l'arabe par H. Sauvage*, Paris, Ernest Leroux, 1884, reproducido en [Gallica](#), la biblioteca digital de la Bibliothèque Nationale de France), que citamos por la edición y traducción española recogida en *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo xx*. Re-

Desde esa villa llamada Manzanares (nos dirigimos) hacia otra villa llamada Mora, es decir, musulmana. El motivo de esa apelación es, si no me engaño, que quizá abrazó el cristianismo más tarde que las poblaciones de su vecindad.<sup>10</sup> El espacio comprendido entre las dos poblaciones está todo él plantado por un número incalculable de viñas; en efecto, viajamos la mayor parte de esa jornada por en medio de viñedos, porque en la mayor parte de esos distritos no hay otros árboles más que las viñas, y esto es a causa de la proximidad en que los habitantes de esa comarca se encuentran de Madrid.<sup>11</sup>

Han multiplicado la plantación porque los habitantes de la capital hacen de ello un consumo constante en todos los momentos y cuando toman sus comidas. El vino es su bebida principal. Encuentras en este país a muy poca gente que beba agua. Y, sin embargo, a pesar de la cantidad de vino que absorben, no encuentras a ninguno de ellos dominado por el vino, o borracho, o habiendo perdido el conocimiento. Aquel que bebe mucho hasta el punto de embriagarse es despreciado y no cuenta entre ellos absolutamente para nada. Ese vino que beben, los unos lo mezclan con agua; otros lo beben puro en pequeña cantidad. A causa del prodigioso consumo que de él hacen y de la población considerable que tiene Madrid, población compuesta tanto de los habitantes como de los que allí acuden para residir, establecerse o hacer el comercio, el vino se vende allí a un precio muy elevado. Está gravado, a la entrada de la villa, por un derecho igual a los dos tercios de su valor; pero las gentes no se fijan en eso, porque no pueden en ningún

---

copilación, traducción, prólogo y notas J. García Mercadal. Prefacio Augusto García Simón. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999, 6 vols. El texto, en vol. IV, pp. 301-302.

<sup>10</sup> Lo que parece falso, por más que se haya venido repitiendo hasta la saciedad. Como a partir de Johannes Hubschmid ha mostrado Álvaro Galmés de Fuentes —en *Los topónimos: sus blasones y trofeos (la toponimia mítica)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2000, pp. 45-46—, *Mora* no procede de *maura*, ‘mora, sarracena’, sino de la raíz prerrománica *mor*, ‘montón de piedras’, que emparenta así el topónimo o nombre de lugar con una larga familia, repartida por toda la geografía peninsular, en la que se cuentan *Moro*, *Morón*, *Moral*, *Morella*, *Morilla*, *Morato*, *Morata*, *Moreda*, *Moraña*, *Moratalla*, *Moratailla*, *Moraleja*, *Valdemoro*, *Navalmoral*, *Los Navalmorales...*, y hasta *Sierra Morena*, que poco tiene que ver con los colores y mucho con las rocas. En apoyo de este origen no debe obviarse el nombre del cerro moracho de *El Morejón*, o el paraje de las *Ventas del Moral*, que nos acercan aún más al *mor* originario en detrimento del *maur* «mítico». Por lo demás, si bien es cierto que *Mora* es mencionada alguna vez en los textos antiguos como *Maura* o *Moura*, las referencias más frecuentes y de mayor valor, en nuestra opinión, la citan invariablemente como *Mora*. Es el caso de la *Chronica Adefonsi Imperatoris* (de hacia 1146, y sobre la que volveremos), que en su texto original latino trae siempre *Mora* al referirse al lugar (en decenas de ocasiones), y *Mauri* (o sus variantes *Sarraceni*, *Moabites*, *Agareni*) al aludir a los enemigos. Más aún: muchos siglos atrás, antes de la llegada no ya de los árabes, sino de los propios romanos, en la época celtibérica, parece que *Mora* era ya *Mora* en los textos: «*Ergávica* [fue] insigne capital de valeroso distrito en el extremo de la Celtiberia, y silla episcopal en tiempo de los godos con el nombre de *Arcávica*. Dilatábase por el Norte su territorio, desde Aranjuez (¿*Ad aram Iovis*?) hasta *Alcont*, dos despoblados hoy, que se llaman *Alconte* y *Alcontote*, en el valle por donde se desliza el riachuelo *Hungría*, al Nordeste de *Orche*. Hacia el Ocaso terminaba en *Mora* de Toledo, que conserva su denominación primitiva; y al Sur, en *Bastra* y *Lila*, Villaharta de San Juan y Casa de Lipa, cerca de Villarrobledo. La línea oriental, divisoria de *Arcávica* y *Valeria*, se aproximaba hasta tocar en *Obvia*, Avia de la Obispalia, y en *Ninar*, Minaya, pila bautismal del obispado de *Mentesa*» ([Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, «Informas. II. Una Tésera celtibérica. Datos sobre las ciudades celtibéricas de Ergávica, Munda, Cértima y Contrebia», Boletín de la Real Academia de la Historia, I, 1877, pp. 129-139](#); la cita, en p. 134). Por tanto, y queremos subrayarlo con el fin de dirimir definitivamente la cuestión, no hay duda de que *Mora* es la piedra, la peña, el majestuoso peñón al amparo del cual se alzó *Mora la Vieja*.

<sup>11</sup> A pesar de que carecemos de datos firmes sobre la cuestión, parece que el siglo XVII representa una fase de notoria expansión del cultivo del viñedo en el término de Mora y colindantes, a la que no deben de ser ajenos los motivos que nuestro texto trae a continuación: el alto consumo en la corte y su elevado precio. Véase de nuevo a nuestro querido amigo y paisano Hilario Rodríguez de Gracia, «Avance del viñedo en el siglo XVII», apartado III.2.3 de su espléndido libro *El Señorío de Mora...*, cit. (p. 147 y siguientes), referencia inexcusable para el correr de la historia moracha hasta mediados del siglo XIX.

tiempo pasarse sin beber vino, habituado como están todos a beberlo, hombres, mujeres y niños de ambos sexos, grandes y gentes del pueblo, frailes, sacerdotes, diáconos, monjes, etcétera. Todo el mundo lo bebe; nadie se priva de él.<sup>12</sup>

Mora es una villa de tamaño mediano, más bien pequeña.<sup>13</sup> Los habitantes están en el mismo grado de civilización que los de Manzanares y se parecen a ellos.<sup>14</sup> Cuando hubimos dejado la villa de Mora, después de haber pasado allí una noche, y hubimos recorrido cerca de quince millas,<sup>15</sup> llegamos a las orillas de un gran río, al que llaman *Waddy Takho* (Tajo); es el que pasa por delante de la ciudad de Toledo, situada a unas seis millas a la izquierda del camino que seguíamos.

## 5. Dos apuntes de viajeros franceses en el siglo XVIII

Maurice Margarot y Jean-François Peyron nos visitarán respectivamente en 1722 y 1777 o 1778. Ambos dejan impresiones fugaces, más favorable en el caso del segundo. Escribe Margarot:<sup>16</sup>

De allí [Toledo] salí el 9 de mayo para Mora, donde comimos. Es un pueblo grande;<sup>17</sup> las provisiones son buenas y el vino abundante. No obstante, se advierte en él un aire de pobreza.<sup>18</sup> Dormimos en una especie de aldea cuyo nombre he olvidado.

<sup>12</sup> Contribuía a ello tal vez su calidad misma. Vea el lector lo que unos años antes escribía Lorenzo Magalotti en el ya aludido viaje de Cosme de Médicis: «Los contornos de Mora son todo viñas de moscatel, blanco y delicado, tanto que no solo es apto como vino de mesa, sino también como vino delicado». A lo que Filippo Corsini agregará que «resultó ser un moscatel exquisito de aquellos alrededores». Remitimos de nuevo a la ya citada versión de Carlos Gilly del *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*.

<sup>13</sup> Mora contaba en 1690 con 748 vecinos, lo que equivaldría a una cifra de habitantes entre 2.992 y 3.740 (según se aplique un índice de conversión de 4 o de 5, entre los que se mueven los historiadores). Tomamos el dato de Jerónimo López-Salazar Pérez, «La población manchega en los siglos XVI y XVII», *Revista Internacional de Sociología*, 37-38 (1981), pp. 7-32 y 197-231, que citamos de H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, cit., p. 197.

<sup>14</sup> Manzanares había sido la parada anterior del viajero antes de llegar a Mora; de ahí la referencia. De los habitantes de Manzanares había escrito que están más civilizados que los de Membrilla (*Almembrilla* en el texto), y de hecho los valora implícitamente muy a favor, pues elogia su recibimiento y hospitalidad (*Viaje a España de un embajador marroquí...*, p. 301).

<sup>15</sup> Es decir, unos 28 kilómetros. La milla era una unidad de longitud que equivalía a mil pies. Heredada de la antigua Roma, donde correspondía a unos 1.481,5 metros, estuvo vigente en todo el Occidente europeo, si bien con valores diversos según lugares y países. En Castilla, y al menos desde las *Partidas* de Alfonso X el Sabio (hacia 1260), la milla equivalía al tercio de una legua, esto es, a 1.857,57 metros; de ahí el cálculo anterior. A continuación, y en consecuencia, las seis millas aludidas vendrían a dar poco más de 11 kilómetros.

<sup>16</sup> Maurice Margarot, *Histoire ou relation d'un voyage, qui a duré près de cinq ans...* (1722), Londres, Imprimerie de G. Bigg, 1780, 2 vols. El texto, en vol. I, p. 407. El hecho de que aparezca citado en el libro como *Maurice Margarot, le Père* hace pensar que se trate del padre del político radical británico de su mismo nombre, Maurice Margarot (1745-1815), fundador de la *London Corresponding Society*. Carecemos de cualquier otra noticia sobre nuestro personaje.

<sup>17</sup> Según el Censo de Campoflorido, de 1712, Mora contaba con 790 vecinos (42 más que en 1690), esto es, de 3.000 a 4.000 habitantes (H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, p. 197).

<sup>18</sup> La pobreza es por entonces signo de los tiempos, y, como se desprende del texto mismo, no obedece a la carestía o al desabastecimiento, sino a los efectos económicos que la Guerra de Sucesión (1701-1713) había trasladado a una población sometida a una fiscalidad literalmente insostenible: véanse, por ejemplo, las cuantiosas contribuciones de Mora en los años 1713, 1714 y 1716 (H. Rodríguez de Gracia,

Y leemos en Peyron:<sup>19</sup>

A tres leguas de Villa-Harta<sup>20</sup> está el Puerto Lápice, pequeña aldea formada por siete u ocho casas, lo que en otro tiempo no era más que una venta.<sup>21</sup> Los alrededores están aderezados de huertas y el campo está bien cultivado; la carretera es muy bella hasta Consuegra, población considerable que acoge varias iglesias y algunos conventos. A cinco leguas de allí se llega a Mora, pequeña ciudad muy poblada,<sup>22</sup> situada en una vasta llanura y rodeada de bellos paseos. Tras dos leguas aproximadas de recorrido, se yerra varias horas entre áridos caminos solitarios; uno se halla, por así decir, sepultado en los repliegues de varios cerros elevados y desnudos de árboles y de verdor; pero a una legua de Toledo se observa una pradera encantadora a orillas del Tajo plantada de diversas clases de árboles y llamada Huerta del Rey; es aquí donde los moros, cuando estaban en posesión de Toledo, tenían una casa de recreo.<sup>23</sup> Y tras coronar una alta montaña se ve esta famosa ciudad levantada sobre un pico elevado y pintoresco.

## 6. Inciso desde la villa: el párroco de Mora informa a Tomás López (1783)

Valdrá la pena contrastar estas visiones<sup>24</sup> con la que nos llega, tan breve como completa, desde la propia villa. No procede de un viajero, sino de un forastero entonces

*El Señorío de Mora...*, p. 172 y siguientes, en especial, p. 178). Algo semejante ocurría por todas partes: sin salir de este mismo viaje, Margarot pasará al día siguiente a Consuegra, donde abunda el trigo y el vino (de calidad excelente, parecido al de Borgoña, apostilla), y no deja de sorprenderle la extrema pobreza de sus moradores, esquilados —escribe— por la nobleza y el clero.

<sup>19</sup> Jean-François Peyron, *Nouveau voyage en Espagne fait en 1777 & 1778...*, Londres, Chez P. Elmsky, 1782, 2 vols. El texto, en vol. I, pp. 322-323. Peyron, que había nacido en 1748 y fallecido en 1784, fue traductor del inglés. No debe confundirse su identidad con la del pintor Jean-François-Pierre Peyron (1744-1814).

<sup>20</sup> Esa era entonces su denominación, que con el tiempo se fue transformando sucesivamente en Villaharta, Villaarta y Villarta de la Orden de San Juan, hasta llegar a la actual de Villarta de San Juan.

<sup>21</sup> Lugar cervantino, citado varias veces en el *Quijote*, por las fechas de nuestro texto (concretamente en 1774) había sido dotado por Carlos III de parroquia y juzgado. Hasta 1841 no se creó su ayuntamiento y término municipal, entonces con una población registrada de 83 vecinos.

<sup>22</sup> Creemos traducir adecuadamente el *petite ville très peuplée* que figura en el original francés, puesto que la pequeñez no viene dada por la cantidad de habitantes, considerable para el autor. Se cifraría entre 4.000 y 5.000 almas: 1.203 vecinos en la visita eclesiástica de 1774, y 4.098 habitantes en el censo de Floridablanca (1787). Véase a Fernando Jiménez de Gregorio, *Los pueblos de la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII. Población, sociedad, economía e historia*, Toledo, Editorial Católica Toledana, 1962, vol. I, pp. 488-489, y a H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, p. 197.

<sup>23</sup> Es el paraje donde se encuentra el Palacio o Castillo de Galiana, a las afueras de Toledo, en la vega del Tajo, que fue, en efecto, *casa de recreo* construida por el rey al-Mamun en el siglo XI. Aquí se localizan varias leyendas, como la de *La mano horadada*, protagonizada por Alfonso VI. Léase lo que sobre el lugar había escrito Navagero dos siglos y medio antes: «Antes de llegar a Toledo pasa el río [Tajo] por un llano que le llaman la *Huerta del Rey* y que se riega todo con norias, que son ruedas hidráulicas que sacan el agua del río, por lo cual está lleno de árboles y de muchos frutos, y está todo labrado y hecho huertos, de donde se surte la ciudad de hortalizas, principalmente cardos, zanahorias y berenjenas, que aquí se gastan mucho. En esta llanura hay un antiguo palacio arruinado que llaman de *Galiana*, que fue hija de un rey moro, de la que se cuentan muchas cosas, no sé si verdaderas o fabulosas, que se suponen acaecidas en tiempo de los paladines de Francia; mas sea de esto lo que fuere, las ruinas muestran que el palacio era hermoso y están en un lugar muy apacible» (*Viaje por España del Magnífico Micer Andrés Navajero...*, cit., p. 253; la cursiva es del texto).

<sup>24</sup> Entre una y otra hallamos la descripción de Estrada, que, por olvidada, no estará de más ofrecer aquí: «*Villa de Mora*. Siete leguas de Toledo se descubre la villa de Mora, en un llano, con fuerte castillo,

recién venido pero que se ha informado a conciencia: el párroco don Antonio Martín, quien a su vez da noticia al geógrafo [Tomás López](#) (1731-1802) en la respuesta al “interrogatorio” o cuestionario que este le había enviado. Como se verá, la exposición del presbítero parece fiable, y no carece de datos interesantes y curiosos.<sup>25</sup>

Mora y septiembre 14 de 1783.

Muy señor mío: No he dado pronta respuesta a la de vuestra merced de 22 de mayo de este año porque su asunto pide mucha consideración y tomar documentos fidedignos, y para eso ha sido necesario registrar el archivo de esta mi parroquia y valerme de sujetos que tuviesen noticias correspondientes a su interrogatorio, porque por mí (por el poco tiempo que hace ejerzo el ministerio de cura de ella) no podía desempeñar el asunto. En cuyo supuesto puedo decir a vuestra merced con toda verdad, y según los documentos que he visto y noticias que he adquirido, lo siguiente:

*Mora: provincia de Toledo*

Villa llamada en las historias *Antigua Maura*. No hay noticia de su fundación, y verosímilmente es coetánea de su capital, Toledo, de la que dista cinco leguas entre oriente y mediodía.<sup>26</sup> Su situación es llana, el piso muy suave, y logra un horizonte muy despejado y agradable. Su población asciende a mil y doscientos vecinos.<sup>27</sup> Su término, que se extiende por donde más a dos leguas de longitud y una de latitud, es en la mayor parte medianamente fértil, produce granos de buena calidad, abunda en vinos de toda especie, y tiene un numeroso plantío de olivas.<sup>28</sup> El esparto es la materia que en la mayor

---

fértil de pan, vino, ganados y caza, labrando mucha cuchillería. Tiene mil vecinos en una parroquia, un convento de frailes franciscos y seis ermitas. Hace feria a 6 de agosto, y sus armas son en escudo de oro cinco estrellas azules, orlado de jaqueles del mismo color de ellas y blancos. Su fundación es oscura, y se atribuye a griegos almunides, o hebreos, cuando a Toledo. De los moros la conquistó el rey don Alfonso VI castellano, año 1083. Otros quieren que la hubo en dote doña Isabel, su esposa, hija de Aben Hameth, rey de Sevilla. Arruinado después, le vino a reedificar de nuevo el rey don Alonso IX, año 1178, que le dio a la Militar Orden de Santiago. Es cabeza de condado, merced concedida del rey don Felipe III a don Francisco de Rojas y Guevara, remunerando grandes servicios, en cuya casa permanece» (Juan Antonio de Estrada, *Poblacion general de España, historia chronologica, sus tropheos, blasones y conquistas heroycas: descripciones y sucessos que la adornan: en que se incluyen las islas adjacentes y presidios de Africa*, Madrid, Imp. del Mercurio, 1747, 3 vols. El texto, en vol. II, pp. 379-380). Volveremos sobre alguno de los datos aquí expuestos.

<sup>25</sup> Tomás López, *Diccionario geográfico de España. Toledo (II)*. Manuscrito del siglo XVIII. 540 folios. Nuestro texto, en ff. 233-236. Biblioteca Nacional (Madrid): signatura MSS 7309. Tras acudir a la fuente, nos decidimos a reproducir y anotar el texto no solo para acercarlo al lector interesado, sino también para subsanar los errores con que se ha editado algunas veces, como es el caso del propio H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, documento 13, pp. 362-364.

<sup>26</sup> Salvo para la situación y la distancia (unos 28 kilómetros al sureste de Toledo, esto es, *cinco leguas entre oriente y mediodía*), parco se muestra el autor en esta primera información, que, en efecto, coincide con los datos que se desprenden de los escasos restos arqueológicos conservados, los cuales nos conducen a la Edad del Bronce y a la posterior época celtibérica, como en el caso de Toledo. Véase la anterior nota 10, y, de nuevo, a H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, pp. 20-22.

<sup>27</sup> Lo que equivaldría a cerca de 5.000 habitantes, población que se mantiene con escasas variaciones en la centuria que media entre el Catastro de Ensenada (1752: 1.200 vecinos) y el *Diccionario* de Madoz (1848: 1.278 vecinos), sobre el que volveremos inmediatamente. Véase de nuevo el útil cuadro de H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, p. 197.

<sup>28</sup> La agricultura moracha se sustentó fundamentalmente en el cereal y menos en la vid, cultivo este que se intensificó a mediados del XVII para decaer probablemente en el XVIII. El *plantío de olivas*, ya *numeroso* en estos años, era no obstante muy reciente en el tiempo, pues la introducción del olivar parece



parte entretiene la industria mujeril, con mucha utilidad de la clase de vecinos más pobres. Se teje mucha listonería, para la que es materia el comercio de sedas de Toledo.<sup>29</sup> La trajinería y comercio interior son el objeto del mayor número de vecinos, naturalmente industriosos y con aptitud genial para lo perteneciente a estos ramos. Tiene también gran parte de vecinos empleados en la fábrica de cerrajería. Tiene dos calderas de jabón y una fábrica de aguardiente.<sup>30</sup> Hay también un competente número de vecinos nobles y labradores dotados en heredades y ganados de todas especies,<sup>31</sup> y goza comunidad de pastos con todas las órdenes militares, incluso la de San Juan, perteneciéndola el mismo derecho a título de compra en los Montes de Toledo.<sup>32</sup> Sus armas son un castillo dorado en campo de plata. Tiene una sola parroquia, con el título de Santa María de Altagracia. Hay un convento de religiosos franciscanos observantes, con el título de San Eugenio, y tiene obligación de mantener escuela abierta de Gramática. Esta fundación se hizo a solicitud del señor don Francisco de Rojas, a fines del siglo decimosexto.<sup>33</sup> Tiene

---

datar sólo de los años sesenta de este siglo XVIII. Véase una vez más a H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, especialmente pp. 147-151 y 248-253.

<sup>29</sup> «Muchas mujeres se dedican, en sus horas libres, a tejer tomiza [‘soguilla de esparto’] que llaman cañaleja, y listonería [‘listones o cintas’]; suelen ganar doce cuartos de jornal, con los que solamente tienen para comprar el pan de cada día» (F. Jiménez de Gregorio, *Los pueblos de la provincia de Toledo...*, p. 485).

<sup>30</sup> Sobre la industria, la artesanía y el comercio en Mora en el siglo XVII, con atención a casi todos los aspectos aquí enumerados, contamos con el excelente artículo de Hilario Rodríguez de Gracia, «Relaciones comerciales en el siglo XVII: hierro guipuzcoano, cerrajería de Mora (Toledo) y seda toledana», *Boletín de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, LXVIII, núm. 2 (2002), pp. 335-376 (digitalizado además en [Mora Web](#)), cuya lectura recomendamos vivamente. La disminución de alguna de estas actividades en los decenios finales del XVIII contrastará con el extraordinario auge de la actividad industrial jabonera, recién iniciada en los años de nuestro texto, que pasará, en poco más de medio siglo, de las dos primeras calderas aquí citadas, a las dieciséis que cuenta Madoz. Véase el dato, y otros sobre nuestra villa a mediados del XIX, en [Pascual Madoz, Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar, Madrid, Est. Literario-Tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, 1845-1850, 16 vols.](#), obra digitalizada completa en la Biblioteca Virtual de Andalucía ([Mora, en el vol. XI, de 1848, p. 579](#)). Una excelente descripción de Mora en el siglo XVIII, con apuntes de su historia, es la citada de F. Jiménez de Gregorio, *Los pueblos de la provincia de Toledo...*, pp. 484-490. De ella destaca, en lo que a oficios o estados se refiere, la existencia de 14 cerrajeros, 16 panaderos, 18 comerciantes (además de 14 tenderos de mercería), 20 zapateros (con cuatro oficiales y cinco aprendices), 30 leñeros, 38 religiosos (aparte sacristanes y santeros: 15 presbíteros, un párroco, dos clérigos de Evangelio y 20 frailes franciscanos en el convento de San Eugenio), 50 labradores (más 15 hortelanos), 70 tratantes y ganaderos, otros tantos criados, 100 pastores (más 25 zagales), 168 arrieros (nótese su abundancia), 180 jornaleros y 22 pobres de solemnidad.

<sup>31</sup> H. Rodríguez de Gracia (*El Señorío de Mora...*, p. 218 y siguientes) recoge referencias de varias familias morachas de hidalgos y señores propietarios de tierras: Álvarez Ordoño, Cano de Aldas, Carranza Maldonado, Contreras Ladrón, Marín del Campo, Peñalver, Salamanca Cano y Zayas Carrillo. Un apunte sobre la actividad ganadera de estos años, en la misma obra, pp. 234-236.

<sup>32</sup> «Los ganados de la villa de Mora tienen derecho a los pastos en el común de Los Montes de Toledo y en los montes llamados El Común o San Martín de la Montaña. Mora, Sonseca, Ajofrín, Mazarambroz, Almonacid de Toledo, Villaminaya, Mascaraque, Manzaneque, Arisgotas, Casalgordo, Layos, Pulgar y Villaseca de la Sagra componen ese Común, en el que aprovechan pastos y leñas» (F. Jiménez de Gregorio, *Los pueblos de la provincia de Toledo...*, p. 485).

<sup>33</sup> El convento contaba por entonces con 19 frailes, como se indica en la respuesta del padre Juan Rodríguez que va a continuación. En cuanto a la escuela, se mantuvo como tal para enseñar gramática latina gratuitamente a los niños pobres hasta 1835, fecha en que la comunidad se extinguió a causa del número insuficiente de frailes (Inmaculada Mora Galán y Jaime Sánchez Elizo, «Historia de nuestro pueblo», en *Feria y Fiestas 2005*, s.l., s.n., s.a. [2005], sin paginar). Por su parte, Francisco de Rojas y Guevara (?-1614), sobre el que volveremos, fue el primer señor de Mora (una vez que la familia adquirió, en

cinco ermitas fuera del pueblo, que son: la del Santísimo Cristo de la Vera Cruz, la de Nuestra Señora la Antigua, colocada media legua distante en una montaña muy eminente, la de Nuestra Señora de la Caridad, la de Santa Ana y Santa Lucía; y junto a esta hay un pozo muy memorable por la agua tan saludable que da, y por la abundancia, que mantiene a tan numerosa vecindad, sin haber experimentado haber descaecido sus minerales aun en los años muy escasos de aguas. Dentro del pueblo hay un hospital para recoger pobres, con el título de Nuestra Señora de la Concepción.<sup>34</sup> A poco más de una milla de distancia de dicha población, y encima de unas elevadísimas rocas se ve aún el casi arruinado castillo que al tiempo de la conquista de Toledo era sin duda una de las fortalezas mas respetables de estos reinos, por lo que se mantuvo en poder de moros hasta que Benhabet, rey de Sevilla, le dio en dote, con la villa de Mora y otras poblaciones, a su hija Zaida (después Isabel) cuando casó con el rey don Alfonso VI.<sup>35</sup> Después

---

1570, la encomienda que pertenecía a la Orden de Santiago) y también el primer conde de Mora, título que le fue otorgado por Felipe III en 1613.

<sup>34</sup> Siguiendo a H. Rodríguez de Gracia —*El Señorío de Mora...*, pp. 46-50, y *El condado de Mora (Apuntes de su historia, 1180-1812)*, Mora, Ayuntamiento de Mora, pp. 27-29—, anotemos brevemente que la ermita del *Santísimo Cristo de la Vera Cruz*, que estuvo previamente bajo la advocación de Santiago, es la que aún se conserva en nuestros días junto a la Residencia de Ancianos, antes Asilo-Hospital, en la calle del Calvario, sobre el que volveremos inmediatamente. Sigue también en pie, como no ignora ningún moracho, la de *Nuestra Señora de la Antigua*, que siglos atrás, parece, estuvo dedicada sucesivamente a san Cristóbal y a san Sebastián. De las restantes contamos con pocos datos: la de *Santa Ana* se hallaba en construcción en 1494 cerca de la iglesia parroquial, pero pronto cambió de ubicación, pues en 1515 los visitantes santiaguistas la localizaban extramuros, en un lugar no precisado, tal vez en el camino de la Jara, como conjetura Rodríguez de Gracia, quien sitúa probablemente en el camino de Manzaneque la de *Nuestra Señora de la Caridad*. De la de *Santa Lucía* no sabemos más que su existencia, como trae el texto, junto al pozo de dos bocas aún existente al final de la calle del mismo nombre. Por lo que respecta al *Hospital de Nuestra Señora de la Concepción*, se hallaba muy cerca de la plaza, tanto que sufrió los efectos del incendio de la iglesia en la trágica jornada del 23 de abril de 1521. Existió también un hospital de Santiago hasta la segunda mitad del siglo XVI, que, junto con el anterior, vino a nombrar el que fundó en 1617 don Francisco de Villegas, en denominación que alcanza hasta nuestros días. Véase a Alejandro Fernández Pombo, *Cien años de caridad. Crónica de la Residencia de Ancianos "Purísima Concepción y Santiago". 1892-1992. Mora (Toledo)*. Mora, Gráficas Cervantes Díaz, s.a. [¿1992?].

<sup>35</sup> Se trata del castillo actual, hoy llamado de Peñas Negras, que es el primitivo y no el *Penna Nigra* de la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, y que alzó junto al primero Alfonso VII en 1142 sobre el peñasco del cerro de Malvecino y fue destruido por orden de Fernando III el Santo en 1224. El origen de ambas fortalezas y el emplazamiento y construcción de la segunda de ellas, un asunto envuelto en sombras, ha sido aclarado recientemente por Manuel Retuerce Velasco y Pedro Iglesias Picazo en su artículo «Los castillos y palacios de Mora de Toledo», publicado en el volumen conjunto *Congreso Espacios fortificados en la provincia de Toledo*, Toledo, Diputación Provincial, 2005, pp. 293-330. Más sombras aún, y menos disipadas, envuelven el episodio de la dote de la mora Zaida, que desde muy temprano aparece literaturizado: según él, Zaida regaló a Alfonso VI, en su matrimonio, los castillos de Caracuel, Alarcos, Consuegra, Ocaña, Oreja, Uclés, Huete, Amasatrigu y Cuenca, además del de Mora. Sabemos que en realidad no era hija, sino nuera, del citado *Benhabet* (Abenhabet o Muhammad ibn-Abbad, más conocido como al-Mu'tamid de Sevilla), y que se convirtió, eso sí, al cristianismo, con el nombre de Isabel. Siguen discutiendo los historiadores, no obstante, la razón del paso de esos lugares a poder del rey castellano, y la condición de Zaida como esposa o concubina suya. Véase un resumen del *Cantar de la mora Zaida* en Rosa Castillo (ed.), *Leyendas épicas españolas*, Madrid, Castalia, 1966, 2ª ed., pp. 111-114. Sobre el alcance real de la leyenda, y en especial sobre si Zaida fue o no esposa legal de Alfonso, véase ahora a [Julio Porres Martín-Cleto, «La llamada dote de la mora Zaida», \*Tulaytula\*, 3 \(1998\), pp. 31-36;](#) Alberto Montaner Frutos, «La mora Zaida, entre historia y leyenda (con una reflexión sobre la técnica historiográfica alfonsí)», en Barry Taylor y Geoffrey West (eds.), *Historicist Essays on Hispano-Medieval Narrative in Memory of Roger M. Walker*, London, Maney Publishing for the Modern Humanities Research Association, 2005, pp. 272-352; y Jaime de Salazar y Acha, «De nuevo sobre la mora Zaida», *Hidalguía*, LIV, núm. 321 (2007), pp. 225-242.

que fenecieron estos dos reyes, volvieron la villa y castillo a ser ocupados por los infieles en ausencia y por descuido de su alcaide, el valeroso Nuño Alfonso; mas a poco tiempo le conquistó dichas posesiones el capitán Martín Fernández, cuyos descendientes las poseyeron por donación del rey don Alonso el Magno hasta el año de 1171,<sup>36</sup> que el rey don Alonso el Octavo las donó al orden militar de Santiago, siendo estas posesiones el primer asentamiento que esta real orden obtuvo en Castilla la Nueva.<sup>37</sup> Poseyolas por más de cuatrocientos años, hasta que desmembradas de dicha religión por el rey don Felipe II entró a poseerlas la nobilísima casa de Rojas, de cuyo mayorazgo son cabeza con el título de condes de Mora y grandeza de primera clase por concesión de los Reyes.<sup>38</sup>

Tiene esta villa privilegio para que de todos los oficios que necesitan de examen puedan los maestros de esta villa examinar, aprobar y dar títulos respectivos para ejercerlos.<sup>39</sup> Tiene una feria que da principio el 5 de agosto y se concluye el 10 del mismo; en la que hay mucho comercio, así de telas como de platerías y de todo género de caballerías.<sup>40</sup>

Ha sido esta villa fecundísima madre de insignes varones en santidad, armas y letras. Sería necesaria una historia particular para hacer memoria de todos los prelados y pre-

<sup>36</sup> En efecto, Munio Alfonso (este era su verdadero nombre), alcaide de Mora, perdió la plaza en una razzia de Azuel y Abenceta, emires respectivos de Córdoba y Sevilla, en 1142. Fue a raíz de esta derrota cuando Alfonso VII (1106-1157), el *Alonso el Magno* del texto, también llamado *el Emperador*, hizo levantar la nueva fortaleza de Peña Negra (*Penna Nigra* en la *Chronica*), lo que le sirvió para que Martín Fernández pudiera recuperar Mora muy pronto, en 1144. Véase nuestra edición de Jaime Tió, *El castellano de Mora* (Toledo, Diputación Provincial, 1999), en cuyo apéndice documental reproducimos y traducimos los abundantes pasajes de la *Chronica Adefonsi Imperatoris* en que aparece Mora (pp. 131-149). El lector interesado puede consultar el texto completo original de la *Chronica* en la edición de Luis Sánchez Belda (Madrid, CSIC, 1950), y el texto traducido, en la de Maurilio Pérez González (*Crónica del Emperador Alfonso VII*, León, Universidad de León, 1997).

<sup>37</sup> Escribe Rodríguez de Gracia: «Teniendo en cuenta [...] las necesidades de la frontera y las dificultades para estabilizar en el área una barrera humano-militar, surge la preocupación real de acrecentar las fuerzas productivas y nunca en mejor forma que concediendo castillos, plazas fuertes de un estimable valor, a las Órdenes Militares. Así, a los santiaguistas [...] se les da Mora, Oreja y Ocaña, mientras a la Orden de San Juan se le entregaba Consuegra» (*El Señorío de Mora...*, p. 32). No obstante, lo que se donará en 1171 será «Mora la Vieja», esto es, la antigua fortaleza de Munio Alfonso; la de Peñas Negras será también entregada a la Orden, pero unos años más tarde, en 1180 (*Ibid.*, p. 33).

<sup>38</sup> Cuatrocientos años exactos, pues —acabamos de leerlo— Alfonso VIII la cedió a la Orden de Santiago el 22 de marzo de 1171, mientras que los Rojas, ya entonces señores de Layos y El Castañar, tomarán posesión de Mora el 25 de febrero de 1570. Esta venta, que ascendió a la cantidad astronómica de casi 70 millones de maravedíes, se inscribe en el proceso de desmembración de las órdenes militares con el fin de hacer frente a los cuantiosísimos gastos de las empresas militares de Carlos I y Felipe II desde los años veinte del siglo XVI. Véase el espléndido capítulo segundo de H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, dedicado íntegramente al caso («La compra del Señorío por Francisco de Rojas», pp. 67-112). Sobre casi todos estos avatares de la historia moracha, contamos con el que acabaría siendo un esbozo de la obra recién citada, ahora accesible en internet: [Hilario Rodríguez de Gracia, «Resumen de la historia de Mora», \*Toletvm\*, 20 \(1986\), pp. 51-81.](#)

<sup>39</sup> Lo que viene a constituir un privilegio excepcional, que la monarquía—escribe Rodríguez de Gracia— solo concedía a ciudades que se encontraban bajo dominio real: «El caso es que Carlos I, treinta años después del suceso de las Comunidades, premió a la villa [...] con una regalía de extraordinaria entidad. ¿Se estaba compensando el dolor y la destrucción de otros tiempos? No tengo respuesta para aclarar la incógnita» (H. Rodríguez de Gracia, «Documentos para construir la historia de Mora», en *Feria y Fiestas 2005*, cit.).

<sup>40</sup> En efecto, la feria se celebraba entonces en torno al 6 de agosto, que era el día principal. Así sucedió, creemos, hasta bien entrado el siglo XIX, cuando pasó a dar inicio el 14 de septiembre de forma prácticamente ininterrumpida hasta nuestros días. Véase a Rafael y Alejandro Fernández Pombo, *Fiestas y tradiciones de Mora*, Madrid, Marsiega, 1979.

bendados distinguidos, ministros togados, caballeros y militares famosos que ha producido, por lo que nos reduciremos a mencionar singularmente a pocos.<sup>41</sup> Fueron naturales de esta villa los venerables fray Francisco de la Cruz, religioso carmelita calzado, quien desde España peregrinó con una cruz al hombro hasta la Tierra Santa, visitó todos los Santos Lugares y volvió de la misma manera, sufriendo con heroica paciencia los trabajos y ultrajes que pueden discurrirse de un empeño tan asombroso.<sup>42</sup> Y el padre Miguel Hernández, a quien debe la Santa Iglesia Primada de Toledo la posesión del cuerpo

---

<sup>41</sup> Para un conocimiento general de los morachos ilustres a lo largo de la historia, bastará con remitir a la información que sobre el particular ofrece nuestro querido amigo y paisano Alejandro Fernández Pombo en *Mora Web* ([Morachos ilustres](#)). Más detalles sobre algunos de los biografiados, en Rafael y Alejandro Fernández Pombo, *Hijos ilustres de Mora*, Mora, Ayuntamiento de Mora, 1995. A partir de ambas, nos limitaremos en lo que sigue a introducir o ampliar algunas referencias que pudieran interesar al lector.

<sup>42</sup> No ha quedado en la Mora de nuestros días, lamentablemente, memoria alguna de este singularísimo personaje de perfiles quijotescos del que nos limitaremos por ahora a ofrecer un apunte general sobre su vida y obra, a la vez que anunciamos un próximo trabajo para intentar divulgar su figura, pues lo único que parece saberse sobre él es lo que traen los hermanos Fernández Pombo (*Hijos ilustres de Mora*) a partir de Jiménez de Gregorio; esto es, que fue carmelita calzado y que en fecha no conocida peregrinó a Tierra Santa cargado con una cruz. Pero más allá de nuestro pueblo se sabe, y mucho, de él, en especial a partir de los trabajos de Pablo María Garrido. Fray Francisco de la Cruz (1585-1647), nacido en Mora como Francisco Sánchez Hernández, vivió en la pobreza, si no en la miseria, su infancia y juventud, antes de ingresar como fraile lego en la orden carmelita y, tras no pocos incidentes, establecerse definitivamente en el convento de Santa Ana de la villa de La Alberca de Zancara (Cuenca) en 1619. No nos detendremos en el que fue su primer empeño, en los años treinta, más que para consignar que fundó la Congregación de Esclavos de la Santa Fe Católica, levantando Altares de la Fe, además de La Alberca, en Villarrobledo, San Clemente, Argamasilla, Alcázar de San Juan, Tembleque, Madrideojos, Toledo y otros lugares. Fue en marzo de 1643 cuando inició su peregrinación: solo y a pie, alimentándose casi en exclusiva de pan y agua y cargado con una cruz de madera de quince libras de peso (algo más de 6,900 kilos) fabricada para la ocasión por un carpintero de San Clemente, haría su entrada, tras un sinfín de avatares (algunos de ellos bien conocidos) y en septiembre de ese mismo año, en Roma, donde el papa Urbano VIII le obsequiaría con numerosas reliquias y le autorizaría (lo que no resultó fácil) la continuación de su peregrinaje, que emprendió hacia Jerusalén en abril de 1644. Caminó hasta Venecia, embarcó a Alejandría y, pasando por El Cairo, a Jaffa, prosiguió —ahora en compañía de fray Próspero del Espíritu Santo— al Monte Carmelo y llegó a Jerusalén, donde visitó los Santos Lugares en agosto de 1644, y luego a Belén, Nazaret, el monte Tabor, Cafarnaúm... Embarcado de vuelta en Haifa para Damietta, y luego en Alejandría para Trieste y Tricase, cerca de Lecce, volverá a Roma, solicitado por Inocencio X, el nuevo Papa, a comienzos de 1645 y allí permanecerá hasta el 1º de septiembre, fecha en que saldrá para Santiago de Compostela. Génova, Niza, Aix, Bayona y Fuenterrabía fueron algunas de las etapas de su durísimo periplo invernal, para alcanzar la ciudad gallega, a través de Vizcaya y Asturias, el 10 de marzo de 1646, y poner fin a su peregrinación pocos días después, una vez llegado a Castilla, en el convento de Nuestra Señora del Socorro, de Valderas (León); no obstante, continuó su andadura por Valladolid, Madrid, Toledo, Ocaña, Tembleque, hasta regresar a La Alberca, donde fue recibido con asombro y veneración por sus convecinos. Había caminado, en esos casi tres años, nada menos que 1.600 leguas (cerca de 9.000 kilómetros), según el cálculo de su maestro y confesor fray Juan de Herrera. A pesar del notorio quebranto de su salud, se resistió a abandonar su cometido de limosnero en la Orden, que le llevó en sus días postreros a Tembleque, Quero, Villar de la Encina y San Clemente, donde falleció el 6 de julio de 1647. Sus restos fueron trasladados al convento de Santa Ana, en La Alberca, junto con la cruz y las reliquias traídas de Roma. Los prodigios obrados por fray Francisco en vida y tras su muerte llevaron a la Iglesia a nombrarle Venerable Siervo de Dios, y al pueblo de La Alberca a honrar su figura y su memoria hasta nuestros días, en que aún se celebran las ferias y fiestas del lugar, del 13 al 18 de septiembre, en honor de la Santa Cruz. Poco después de su muerte, el licenciado Sebastián Muñoz Suárez dio a la luz su *Vida del Venerable Siervo de Dios Fr. Francisco de la Cruz* (Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1667), reimpresa, con adiciones de fray Marcelino Fernández de Quirós, en 1688, 1749, 1768, 1898 y 1998, [edición ésta digitalizada recientemente](#) por José María Martínez Martínez, a la que remitimos al lector.

de Santa Leocadia, patrona de dicha ciudad.<sup>43</sup> El ilustrísimo señor don Vidal Marín, obispo de Ceuta, cuyo celo apostólico conservó a la corona y a la religión aquella plaza por la santa intrepidez con que animó a la guarnición para rechazar a los moros, que después de un porfiado sitio entraban ya en ella. La moderación de este prelado renunció otras mitras más opulentas, pero llamado a la corte por el señor rey don Felipe V, de quien fue muy estimado, aceptó el empleo de Inquisidor General de estos reinos, el cual desempeñó hasta su muerte con singular edificación y acierto.<sup>44</sup> El reverendo padre fray Alonso de Biezma, dotado de una singular prudencia, gobernó como ministro general la religión de san Francisco por espacio de diez y ocho años, sin otro ejemplar de tan largo ministerio que el de san Buenaventura.<sup>45</sup> Don Sebastián de Medrano, también natural de esta dicha villa, a las prendas de un valeroso guerrero unió la más exquisita comprensión en las Matemáticas; dio a esta facultad el método y forma que no tuvo hasta su tiempo, especialmente en las partes de fortificación táctica y tormentaria [‘relativa a la artillería’], por lo cual le encomiaban los profesores con el renombre de *Divino*.<sup>46</sup> Don Gabriel el Ca-

<sup>43</sup> Los restos de santa Leocadia, joven toledana de comienzos del siglo IV y mártir cristiana víctima de las persecuciones de Diocleciano, habían ido pasando con el tiempo, sucesivamente, desde la Ciudad Imperial, donde vivió y murió, a Oviedo (siglo VIII), Soissons en Francia (siglo IX) y Hainaut en Flandes (siglo XI), como recoge [Daniel Poyán Díaz, «Transfiguración literaria de unas reliquias de Toledo a Soissons», \*Revista de Filología Francesa\*, 1 \(1992\), pp. 15-27](#). Del monasterio de Saint-Ghislain, en esta provincia belga, fue de donde los retornó Hernández en 1586, encargado por el papa Gregorio XIII y por el rey Felipe II, quien los recibió en un acto solemne en Toledo en 1587. De su periplo por Alemania, Roma, Génova, Barcelona, Valencia, Cuenca..., entre otras cosas, dejó constancia en su libro *Vida, martirio y translación de la gloriosa virgen y mártir santa Leocadia*, Toledo, Pedro Rodríguez, 1591 (libro que tenemos la voluntad de estudiar y tal vez editar en el futuro). Miguel Hernández (o Fernández, como también aparece citado a veces), nacido en Mora en 1543 y muerto en Toledo en 1609, estudió Teología y Artes en Salamanca, ingresó en la Compañía de Jesús en 1564 y profesó como sacerdote en 1572. Desde 1570 le encontramos en Flandes (con estancias más o menos incidentales en otros lugares: París, Rouen, Roma), donde tuvo un papel muy destacado en diversas misiones castrenses, de las que no es la menor su atención a los soldados heridos en campaña. Vivió los sucesos del saqueo de Amberes (noviembre de 1576), de la toma de Maastricht (1579), donde contrajo la peste, y del sitio de la capital antuerpiense (1584-1585), donde fue herido de gravedad. Era rector del colegio jesuita de esta ciudad de Amberes cuando fue comisionado por Felipe II para la restitución de los restos de la santa toledana, poco después de lo cual (1590) fue trasladado a la casa profesa de Toledo y pasó en ella el resto de su vida. Muy conocido y estimado en España por su labor como capellán militar, ejerció una honda influencia en algunos miembros de la comunidad jesuita. Valga todo ello como síntesis de los datos que ofrece F.B. Medina, en Charles E. O’Neill, S.I., y Joaquín María Domínguez, S.I. (dir.), *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús biográfico-temático*, Roma, Institutum Historicum; Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 2001, 4 vols. (vol. II, pp. 1909-1910).

<sup>44</sup> A los allegados por Fernández Pombo (*Hijos ilustres de Mora*, [Morachos ilustres](#)), junto a los aquí consignados, agregaremos un dato: a Marín del Campo se debe el *Índice de libros prohibidos (Novissimus librorum prohibitorum et expurgandorum index)* de 1707, comenzado por Diego Sarmiento y Valladares; dato que completaremos, para el lector curioso, con dos referencias bibliográficas: [José Xiqués, «Episcopologio de Ceuta», \*Boletín de la Real Academia de la Historia\*, 18 \(1891\), pp. 401-426](#); y José Luis Barrio Moya, «El testamento de don Vidal Marín, obispo de Ceuta entre 1694 y 1709», *Transfretana. Revista del Instituto de Estudios Ceutíes*, 6 (1994), pp. 53-59.

<sup>45</sup> *Ildelfonso Sánchez Biezma*, según Fernández Pombo; *Ildelfonso Biesma*, de acuerdo con otras fuentes. Parece que fue *ministro general* de 1702 a 1716 (algo menos, si la información es cierta, de lo consignado en el texto). San Buenaventura (1218-1274) lo había sido desde 1257 hasta su muerte.

<sup>46</sup> Sebastián Fernández de Medrano, citado por su nombre completo, es otro de los morachos insignes que, por su relieve extraordinario, debe ser estudiado con profundidad y dado a conocer a las generaciones futuras. A los datos allegados por Fernández Pombo añadiremos solo de momento que disponemos hoy de dos de sus obras digitalizadas: [El arquitecto perfecto](#) (edición de 1708, en la Biblioteca Digital Hispánica) y [Breve descripción del mundo](#) (1688, en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes), y que existe sobre su figura un interesantísimo artículo, también digitalizado (en la Hemeroteca Digital de la

no, teniente general de los reales ejércitos, caballero comendador en el orden de Calatrava, digo de Alcántara,<sup>47</sup> conocido en los principios de este siglo por sus proezas a la cabeza del regimiento de su nombre.<sup>48</sup> Don Josef de Zayas, actualmente teniente general de los reales ejércitos, comendador caballero en el orden de Santiago, mereció le titulase nuestro augusto monarca de marqués de Zayas, como rey de las Dos Sicilias en premio de la pericia y valor que acreditó al tiempo de la sorpresa de Velletri, en Italia, y por todo el que duró aquella dilatada guerra.<sup>49</sup>

Esto es todo lo que por registros del archivo de esta mi parroquia de la villa y noticias verídicas de sujetos instruidos en historias antiguas puedo con la mayor verdad poner en noticia de vuestra merced. Yo desearé que con esto le complazca y le sirva para adornar y proseguir su obra, sin otro interés ni retribución más que me mande en este asunto como en el que fuere de su agrado para obedecerle con verdadero *[sic]*; con el que pide a Dios Padre guarde a vuestra merced muchos años su más afecto servidor y capellán que su mano besa.

Antonio Martín López Díaz [rubricado].

SEÑOR DON TOMÁS LÓPEZ.

---

Biblioteca Nacional), de [Antonio Rodríguez Villa, «Don Sebastián Fernández de Medrano, director de la Real Academia Militar de Bruselas \(1646-1705\)», \*Revista Contemporánea\*, VIII, tomo XXXVII \(enero-febrero 1882\), pp. 5-29](#), que transcribe una autobiografía del propio Medrano.

<sup>47</sup> *de Calatrava, digo de Alcántara*: entiéndase que el redactor se equivoca, y, para no tachar, corrige su escrito rehaciéndolo. *Calatrava y Alcántara*, como tal vez sepa el lector, son dos de las órdenes militares, manchega la primera y extremeña la segunda, que, en el contexto de la Reconquista, se crearon en la Castilla del siglo XII.

<sup>48</sup> Se trata de Gabriel Cano de Aponte, o Cano y Aponte ([ver retrato](#)), que Fernández Pombo, quien recoge los principales datos biográficos del personaje en sus notas (*Hijos ilustres de Mora*, [Morachos ilustres](#)), nombra Cano de *Alponte*; lo mismo en las líneas que dedica al personaje en su artículo [«En vísperas del Quinto Centenario: morachos en la hora de América», \*Toletvm\*, 22 \(1988\), pp. 143-147](#) (creemos que el error —pues por tal lo tenemos— deriva de F. Jiménez de Gregorio, *Los pueblos de la provincia de Toledo...*, p. 490). Nacido en Mora hacia 1665, fue gobernador (máximo mandatario) de Chile de 1717 a 1733. Ilustrado y de talante liberal, impulsó numerosas reformas, reprimió la piratería y el contrabando y llevó a cabo importantes obras públicas y mejoras urbanas, para ser conceptuado por los historiadores como uno de los más excelentes gobernadores del país en toda la época colonial. Véase a [Vicente Carvallo y Goyeneche, \*Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional\*, IX, Santiago de Chile, Imp. de La Estrella de Chile, 1875, pp. 230-233](#); y a [Diego Barros Arana, \*Historia jeneral \[sic\] de Chile\*, VI, Santiago de Chile, Rafael Jover, 1886, pp. 5-86](#). Examina su desdichada muerte con detalle (sobrevvenida a consecuencia de una caída de caballo) [Rafael Gaune Corradi, «Una microhistoria de un viejo de la élite santiaguina y su itinerario hacia la muerte. Siglo XVIII», \*Boletín de Historia y Geografía\*, 20 \(2006\), pp. 133-169](#).

<sup>49</sup> De José de Zayas Carrillo Campo y Viezma nos proporcionan bastantes datos familiares dos artículos parcialmente digitalizados ([Vicente de Cadenas y Vicent, «Curiosa declaración de hidalguía, equivalente a una sentencia ejecutoria», \*Hidalguía\*, XI, 56 \(1963\), pp. 9-22](#) y [Emilio de Cárdenas Piera, «Certificados de defunción de Comendadores de las Órdenes Militares», \*Hidalguía\*, XXVIII, 158 \(1980\), pp. 80-102](#); la ficha de Zayas, en p. 102). De ellos se desprende que murió en 1793 y que tal vez no nació en 1703, como trae Fernández Pombo, sino en 1706 o 1709. Entiéndase que fue Carlos III (*nuestro augusto monarca*), sucesivamente *rey de las Dos Sicilias* (1734-1759) y de España (1759-1788), quien le había otorgado el marquesado. La *sorpresa de Velletri* alude al inopinado ataque de las tropas austríacas a las hispanonapolitanas en esa ciudad (1744), en el marco de la *dilatada guerra* del Segundo Pacto de Familia (1741-1748).

A la respuesta del párroco había precedido esta otra procedente de un informante del convento de San Eugenio, seguramente el superior o guardián, muy escueta y de escaso interés, pero que no dejaremos de copiar.<sup>50</sup>

Mora y junio 5.

Mi señor don Tomás y muy señor mío:

No di respuesta, a causa de haber preguntado, y nadie me dice más que lo que yo veo. El convento no vale nada, chico, y la iglesia salitrosa. Somos diez y nueve y no hay más celdas. Efigie: una Divina Pastora en el altar mayor. Un castillo desbaratado [?]. Trato de esparto y aun de lanas. Las cosechas son de pan, vino, cebada. Hay dos calderas de jabón. Mucho ganado de lana. Y aun me han dado a entender que en el convento de los mínimos de Toledo hay un mamotreto curioso de este lugar, que le hizo un religioso de aquel convento y natural de Mora.<sup>51</sup> Que han estudiado en la Gramática que hay en el convento muchos es verdad; y que han salido grandes hombres, así por las religiones como por las armas, también es cierto. No me parece que hay cosa particular que poder decir. Vea vuestra merced si en otro asunto puedo servir, que lo haré con mucho gusto, y en el ínterin quedo pidiendo a Dios prospere a vuestra merced, mi señor [?].

De vuestra merced seguro capellán.

Padre Juan Rodríguez [rubricado].

## 7. La aviesa mirada de lord Blayney (1810)

Muy hostil resulta, un cuarto de siglo más tarde, la visión que proyecta Andrew-Thomas Blayney, jefe militar inglés hecho prisionero por los franceses en la Guerra de la Independencia. Se trata de una hostilidad que no pasará desapercibida a Albert Saviñe, su editor cien años después, quien presenta en Blayney a un sujeto engreído y egocéntrico, y tan desdeñoso como ignorante de la realidad de un país que no se interesa por comprender.<sup>52</sup> Bien que lo evidencia este pasaje moracho:

<sup>50</sup> Tomás López, *Diccionario geográfico de España. Toledo (II)*, cit., f. 231.

<sup>51</sup> La descripción que de la obra aludida trae Tomás Muñoz y Romero ([Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España, Madrid, Imp. y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1858](#), pp. 195-196) no deja lugar a dudas de su existencia real: «Historia de la villa de Mora (que en la antigüedad se llamó Maura) del reino y arzobispado de Toledo, en tres libros repartida, que escribe Fr. Bartolomé Garci-Fernández de Viedma, predicador jubilado, ex-definidor y corrector que fue de los conventos de las ciudades de Burgos, Segovia y Toledo, de la sagrada religión de los Mínimos de N.P.S. Francisco de Paula, hijo y natural de dicha villa. Dedícala a uno y otro estado, eclesiástico y seglar, de dicha villa. / Manuscrito en folio, de 368 hojas y 11 de preliminares y tabla, en poder de don Blas Hernández, librero de Toledo. El autor escribió primero sin tanta copia de noticias como después recogió. Esta fue la causa que impulsó al autor a dar más amplitud a este trabajo. Se ignora dónde exista la primera de estas obras». El hecho de que no nos hayan llegado referencias ulteriores de ella hace pensar que se haya perdido irremisiblemente.

<sup>52</sup> Andrew-Thomas Blayney, *L'Espagne en 1810. Souvenirs d'un prisonnier de guerre anglais: d'après les Documents d'Archives et les Mémoires*. Paris, Louis-Michaud, 1909, pp. 108-110. Tenemos a la vista la traducción de Antonio Muñoz Pérez, *España en 1810...*, publicada en el mismo lugar y editorial en 1810, pp. 106-109. Andrew-Thomas Blayney (1770-1834), barón de Blayney, fue teniente general del ejército británico; había participado en las campañas de Irlanda, la India, Egipto, Italia, Holanda y Malta,

Al día siguiente, 27 de noviembre,<sup>53</sup> hicimos alto en un miserable pueblo llamado Mora,<sup>54</sup> con objeto de esperar allí algunos refuerzos, pues se decía que *El Médico* se había apoderado del castillo de Almonacid, en la carretera de Toledo. Los franceses le llaman así debido a su antigua profesión de médico: su verdadero nombre es Martínez.<sup>55</sup> Son las crueldades de los franceses las que le han forzado a echarse al campo. Con la desesperación de haber visto sus bienes embargados, su persona y su familia ultrajadas y maltratadas, acabó por unirse a los patriotas y obtuvo el mando de un cuerpo de voluntarios. Contaba entonces con unos ochocientos hombres de infantería y cuatrocientos de caballería, con los cuales lograba agotar a los franceses e interceptar los convoyes. Su valor personal es tan grande que su mero nombre inspira terror. Habiendo caído en manos de los patriotas los dos correos que sucesivamente habíamos enviado a Toledo para pedir refuerzos, nos vimos obligados a permanecer un día más en Mora y se propuso una partida de caza para matar el tiempo. Viendo reunir todo lo necesario para la caza, los cuernos para la pólvora, los perdigones, los morrales, me esperaba yo sin duda una excelente jornada; sólo un cazador puede formarse idea de mi desesperación cuando supe que no cobraríamos más piezas que alondras y gorriones. Total, que al cabo de cuatro horas alcanzamos a matar dos docenas de gorriones que picoteaban tranquilamente los granos de trigo esparcidos en el corral de un molino, a las que añadimos media docena de alondras, una pareja de paros, un petirrojo y un reyezuelo. Durante esta verdadera caza de *cockneys*<sup>56</sup> nos acompañaron cien hombres, tanto de infantería como de caballería.

A la vuelta fui invitado a cenar en casa del señor Denia a las seis, pero no se sirvió hasta las ocho y todo estaba frío, de manera que yo no hacía más que tiritar aunque estaba sentado al lado de la señora de Benedicio, cuya redondez y hermosos colores prestan a su rostro la apariencia del sol saliente. Lo cazado durante el día formaba los platos fuer-

---

y en España mandó el ejército hispano-luso-germano-británico que fue derrotado en la batalla de Fuentigrola en octubre de 1810, a consecuencia de la cual cayó prisionero. El lector interesado puede acceder a la versión francesa del libro, *L'Espagne en 1810*, en Gallica. También al original inglés: Major-General Lord Blayney, *Narrative of a forced journey through Spain and France as a prisoner of war in the years 1810 to 1814*, London, E. Kerby, 1814, 2 vols. Y también a una muy reciente edición en libro: *España en 1810. Memorias de un prisionero de guerra inglés*. Prólogo de Manuel Moreno Alonso. Sevilla, Renacimiento, 2009.

<sup>53</sup> La expedición procede de Consuegra, de la que escribe que es la mayor población que había visto desde su entrada en la Mancha. Pondera el autor lo que el lugar había sufrido con la guerra, «sobre todo por las tropas alemanas, mucho más crueles que las francesas», y habla de su «castillo moruno capaz para cuatro mil hombres», en buen estado y «casi inaccesible».

<sup>54</sup> Mora es entonces una población de más de 4.000 habitantes, que, si bien había padecido no poco las penurias de la escasez de grano de los años inmediatos (llegando a producirse alborotos sonados, como trae H. Rodríguez de Gracia, *El Señorío de Mora...*, pp. 266-278), no parece reconocible bajo el epíteto de *miserable* como no sea en buena medida por la parcialidad de lord Blayney.

<sup>55</sup> Savine corrige en nota —traducimos libremente— que el verdadero nombre del personaje era Juan Padalea, quien se apostaba en los alrededores de Cabañas y atacaba a los correos y convoyes del enemigo francés. Agrega que acabó por mandar una partida de 700 a 800 hombres de caballería y que hizo prisionero al general Lejeune. En realidad, añadimos nosotros, se trataba del murciano [Juan Palarea y Blanes](#) (1780-1842), quien, en efecto, era médico, graduado en Zaragoza y titular de Villanueva de la Sagra. A raíz de los sucesos de mayo de 1808, encabezará un pequeño grupo de voluntarios que irá incrementándose notablemente, como trae el texto; participará en la batalla de Arapiles en 1812, y será nombrado posteriormente gobernador de Toledo. Volverá a tomar las armas tras la restauración de Fernando VII, de lo que se derivará su encarcelamiento hasta 1833, fecha en que regresará a España rehabilitado como capitán general de Valencia y diputado a Cortes. Partidario de [María Cristina](#) en la [Primera Guerra Carlista \(1833-1840\)](#), fue detenido tras el levantamiento de [O'Donnell](#) en 1841, y, aún bajo arresto, falleció en 1842.

<sup>56</sup> En inglés en el original: 'bobos'.



tes, y nos suministró una conversación tan animada acerca del arte venatoria como si acabásemos de llegar de una caza de gamos en las montañas de Escocia. Nuestro vino hubiera podido ser llamado vinagre, y no logrando encontrar una sola gota de aguardiente para mejorarlo, me vi obligado a aceptar de uno de nuestros soldados un vaso de orujo de la cantina.

Al regresar a mi alojamiento, hallé que un oficial francés había mandado colocar sus efectos en mi alcoba, lo que, de entrada, no se me hizo muy agradable. Pero pronto llegó el propio oficial y se excusó tan cortésmente del aprieto que me causaba, que ya no pude enfadarme. Se parecía mucho a los retratos que había visto de Carlos XII, con su cabeza calva y larga barba.<sup>57</sup> Me aseguró que ocupaba esas habitaciones desde hacía tres meses, y que allí era donde se acostaba todas las veces que le era posible meterse en la cama. «Por esta vez, agregé, como no me he quitado las botas desde hace casi tres semanas, una noche más no tendrá importancia alguna». Y no quiso molestarme. Yo respondí, como es lógico, a su cortesía felicitándome de la casualidad que me había procurado su conocimiento. Supe que había servido en Egipto y pasamos una parte de la noche conversando sobre las operaciones militares de los franceses en África,<sup>58</sup> al tiempo que bebíamos un tazón de ponche y fumábamos un cigarro.

El 29 de noviembre de madrugada comenzamos nuestra última jornada para llegar a Toledo. Dejamos a nuestra derecha un castillo muy fuerte llamado Almonacid, en cuyos alrededores había sido librada una batalla, el año precedente, entre los franceses al mando del general Sebastiani<sup>59</sup> y el ejército español. El coronel de ingenieros Watalais,<sup>60</sup> que se encontraba en nuestro convoy, había participado en la acción y me mostró el llano en que los españoles se habían colocado, sin protección alguna ni en el frente ni en los flancos. Confesó que los franceses no habían necesitado grandes esfuerzos para vencer a un montón de campesinos reunidos de prisa y corriendo, mal armados, sin oficiales, sin disciplina y sin mutua confianza. Además, una vez rota la línea, les fue imposible reagruparse. La derrota fue completa, y la carnicería espantosa.<sup>61</sup> La villa de Almonacid quedó reducida a cenizas, lo mismo que la de Ocaña, situada más cerca de Toledo y en la que se había dado otra batalla igualmente desgraciada para los españoles.<sup>62</sup> En esta última, la infantería francesa había sido mandada por los mariscales Soult y Mortier,<sup>63</sup> y la caballería, por el general Sebastiani.

<sup>57</sup> [Carlos XII](#) (1682-1718) fue rey de Suecia (1697-1718).

<sup>58</sup> Alude a la campaña de Egipto (1798-1799) de [Napoleón Bonaparte](#) (1769-1821).

<sup>59</sup> [Horace Sébastiani](#) (1772-1851), militar francés nacido en Córcega, participó en las campañas de España y Rusia, fue embajador en distintos países y varias veces ministro.

<sup>60</sup> No parece haber quedado más noticia de este militar que la aquí aportada por Blayney.

<sup>61</sup> En efecto, la [batalla de Almonacid](#) se libró el 11 de agosto de 1809, y en ella hubo más de 6.000 víctimas mortales, francesas unas 2.500 de ellas, con lo que la descalificación de las tropas españolas que hace el autor parece a todas luces injusta por desproporcionada. Anotemos también el hecho curioso de que la persecución de los imperiales se detuviese precisamente en Mora, lo que permitió a los vencidos alcanzar Manzanares por la carretera de Andalucía.

<sup>62</sup> Así fue. La [batalla de Ocaña](#) tuvo lugar el 19 de noviembre de 1809 y supuso una completa derrota de las fuerzas del general Aréizaga ante las del mariscal Soult. En ella intervinieron más de 90.000 soldados: unos 40.000 por parte francesa y más de 50.000 por parte española. El nombre de Ocaña, como el de Almonacid, aparece inscrito entre los lugares gloriosos consignados en el parisino Arc de Triomphe de l'Étoile.

<sup>63</sup> Son [Jean de Dieu Soult](#) (1769-1851) y [Édouard Mortier](#) (1768-1835), mariscales de Francia, dos de los principales mandos del ejército imperial. Tras sus respectivas carreras militares, ambos apoyaron a Luis Felipe I de Orléans y fueron ministros de su gabinete. Mortier llegó a presidir el Consejo y murió precisamente en un atentado dirigido contra el monarca. En cuanto a Soult, alcanzó la que para nosotros es triste celebridad, reuniendo una valiosísima colección de pintura española merced al despojo al que sometió a los propietarios de los cuadros de que se fue adueñando en nuestro país.

## 7. Munio Alfonso siete siglos y medio después (1880)

No cita a Mora Francisco de Paula Mellado en los *Recuerdos de un viaje por España*. Su viaje y su texto, de Argamasilla de Alba a Toledo, discurren por Puerto Lápice, Orgaz y Almonacid.<sup>64</sup> Sí lo hacen, mirando al pasado, Fita y Fernández-Guerra:<sup>65</sup>

Almonacid de Toledo, sobre la alta montaña, nos interesará por su castillo visigótico, obra de Leovigildo,<sup>66</sup> delante de cuyas pintorescas ruinas españoles y franceses libraron descomunal batalla. Aún se ven huellas de sangrienta mano en las paredes de la próxima ermita.<sup>67</sup> Mora de Toledo, última población de la antigua Celtiberia en el límite con la Carpetania,<sup>68</sup> presenta en la agria sierra, que se levanta hacia el Sur, la cueva donde peleó como bueno hasta morir Alfonso Munio, el gran adalid del emperador Alfonso VII, y cuya cabeza y despedazados miembros se clavaron por trofeo en Calatrava la Vieja, a la orilla izquierda del Guadiana, por cima de Ciudad Real.<sup>69</sup>

## 8. Mora en la prensa sensacionalista: el caso de *El Duende* en 1913

Ya en el novecientos, encontramos a Mora en un reportaje sin firma de autor en el número inicial de la revista *El Duende*, en noviembre de 1913.<sup>70</sup>

<sup>64</sup> Francisco de Paula Mellado, *Recuerdos de un viaje por España. Quinta y sexta parte. Andalucía. Extremadura. Castilla la Nueva y Madrid*. Madrid, Est. Tip. de Mellado, 1851, pp. 66-67.

<sup>65</sup> Fidel Fita y Aureliano Fernández-Guerra, *Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia*, Madrid, Imp. de Lezcano y Comp<sup>a</sup>, 1880, p. 4a. El padre [Fidel Fita](#) (1835-1918), jesuita, fue arqueólogo, epigrafista, filólogo e historiador, y sucedió a Menéndez Pelayo como director de la Real Academia de la Historia en 1912. [Aureliano Fernández-Guerra y Orbe](#) (1816-1891), además de arqueólogo, epigrafista e historiador, fue poeta, dramaturgo y editor de las obras de Quevedo.

<sup>66</sup> Del castillo de Almonacid hay referencias documentadas desde el siglo IX, pero parece algo aventurado hacer su constructor o inspirador al rey visigodo [Leovigildo](#) (572-586).

<sup>67</sup> Es la ermita de la Virgen de la Oliva, patrona de Almonacid.

<sup>68</sup> Véase la anterior nota 10.

<sup>69</sup> Todo ello es histórico, según se lee en la *Crónica Adefonsi Imperatoris* ya citada. Munio Alfonso (que, como dijimos, es su verdadero nombre), alcaide de Mora y segundo alcaide de Toledo, vivió en la primera mitad del siglo XI. Gallego de nacimiento, fue adalid de las milicias de Alfonso VII, con las que obtuvo en Montiel una señalada victoria sobre los emires de Córdoba y Sevilla, Azuel y Abenceta, cuyas cabezas cortadas expuso en triunfo en las murallas de Toledo. Pero ese mismo año (1143) murió junto a los Pozos de Algodor, en las cercanías de Mora, a manos de Farax, alcaide de Calatrava, adonde éste (ojo por ojo) llevó en exhibición triunfal la cabeza cortada de Munio, junto a un brazo y un pie. Su combate incesante contra los árabes se debió a la penitencia que le fue impuesta por haber matado a su propia hija, a quien había sorprendido cuando «jugaba con cierto joven» (*iudebat cum quoddam iuvene*, escribe el cronista). Los hechos y el personaje dieron lugar a sendos dramas románticos de Jaime Tió (*El castellano de Mora*, 1839) y de Gertrudis Gómez de Avellaneda (*Munio Alfonso*, 1844). Véase sobre todo ello nuestra edición de *El castellano de Mora* antes citada, en cuyo apéndice documental transcribimos y traducimos los pasajes de la *Chronica* en los que aparece Munio Alfonso (pp. 134-149).

<sup>70</sup> «Escándalos en la Diputación. El caso de Mora. Presa de sátiros. La entrega de niñas», [El Duende, año I, núm. 1 \(2-XI-1913\)](#), pp. 1-3. *El Duende* (digitalizado recientemente en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional) fue un semanario de muy corta existencia: desde este número inicial duró seis meses hasta comienzos de mayo de 1914. Fundado por Adelardo Fernández Arias, practicaba un periodismo sensacionalista, lo que le acarreó numerosas denuncias.

El texto denuncia el hecho de que la Diputación Provincial de Madrid acceda a entregar a niñas huérfanas del Asilo de las Mercedes a personas de dudosa moralidad o de turbias intenciones.<sup>71</sup> Es el caso que tiene como víctima a Concepción de Castro, de catorce años, que es sacada de la institución por don Valentín Quiñones y Martínez de la Cabeza, hombre rico residente en Mora, quien, después de dos años de acogida, no llegará a prohibirla y se da a entender que pretende abusar de ella, a consecuencia de lo cual la jovencita acabará huyendo. El reportaje recoge las versiones de Quiñones, de la mujer que la había depositado en el asilo, y de la propia Concepción.

Interesa a nuestro propósito consignar el curioso y accidentado viaje (del que se ofrecen testimonios gráficos, entre ellos una instantánea de los redactores de *El Duen-de* con Quiñones en la casa de este, así como una caricatura del mismo) que hicieron Enrique García Álvarez, Manolo Merino, Dhoy y el anónimo autor del reportaje.<sup>72</sup>

Salieron de Madrid en automóvil, que se descompuso (no dice dónde), pero pudieron llegar a «un ventorro» desde el que siguieron viaje en carro hasta Toledo, donde consiguieron otro coche que les llevó a Mora. Antes —cuentan— reventó un neumático, luego otro... «Y es que la carretera, llena de grava sin apisonar, es incómoda y agresiva. ¿Sabe algo de esto el Director de Obras Públicas? Porque esa carretera pertenecerá a la inspección de un ingeniero —escribe el desenvuelto periodista— y en el presupuesto habrá, sin duda, una partida para que la carretera esté bien. ¡Y está muy mal!». Acabarán destrozando «varios neumáticos», que parece que lograron reparar

<sup>71</sup> El Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes (ver en [Álbum de fotos históricas](#)), en la calle Núñez de Balboa, había sido fundado en 1877 y tenía precisamente como misión recoger niñas del Hospicio.

<sup>72</sup> [Enrique García Álvarez](#) (1873-1931) fue comediógrafo, periodista y escritor festivo. Autor de éxito, compuso numerosas revistas, zarzuelas, juguetes cómicos, astracanadas..., frecuentemente en colaboración con Antonio Casero, Pedro Muñoz Seca, Antonio Paso, José López Silva o Carlos Arniches, entre otros. *La casa de las comadres* (1896), *La alegría de la huerta* (1900), *El verdugo de Sevilla* (1916) o *El niño judío* (1917) son algunos de sus títulos. Reconocido por Miguel Mihura como maestro en el cultivo de lo disparatado, su obra dramática ha merecido recientemente una revisión, excelente, de nuestra querida sobrina y colega, moracha de historia y de vocación, Elena Palacios Gutiérrez: «Una aproximación al teatro de Enrique García Álvarez», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, 32 (2007), pp. 337-507. Elena Palacios, que es quien nos puso en la pista de este artículo, ultima en estos momentos su tesis doctoral sobre García Álvarez.

Manolo Merino es sin duda el Manuel Merino y García-Pierrat (nacido en 1882) que figura en algunos catálogos de bibliotecas como autor de varias operetas, comedias y otras piezas dramáticas en el primer tercio de siglo: *El príncipe bohemio* (1914), *Una mujer indecisa* (1915), *Las alegres chicas de Berlín* (1916), *La loba* (1929), *¡Tu mujer nos engaña!* (1932), *El atajo* (1934).

En cuanto a Dhoy, autor de la caricatura que acompaña al reportaje, debe de ser seudónimo del dibujante e ilustrador José María del Hoyo, que hallamos como creador de las ilustraciones de *Noche de alfama* (1930) y de los bocetos del decorado de *La esclava del sacramento* (1943), obras ambas de Tomás Borrás.

en Orgaz.<sup>73</sup> «A media noche —añaden— llegamos a Mora. Dormimos bien. El alcalde interino, don Vicente Pérez Curbelo, nos recibió y atendió cortésmente, con gran amabilidad».<sup>74</sup> A la mañana siguiente entrevistaron al Sr. Quiñones, «un rentista que perteneció al Real Cuerpo de Alabarderos», y que, «después de muchos años de prestar sus servicios en el Palacio Real de Madrid, se retiró y vive de sus rentas».<sup>75</sup> Nada se relata del viaje de regreso a Madrid.

## 9. Estación final

Hasta aquí nuestro breve periplo. No tiene otro mérito que el de pretender iluminar algunos rincones de nuestra existencia en el pasado; y aunque no ignoramos su modestia, estamos convencidos de su validez: el conocimiento se adquiere poco a poco, la senda se recorre paso a paso.

De la solemnidad de los augustos reyes al alboroto del inquieto periodista, de la Mora remota a la actual, hemos llegado a esta villa nuestra por caminos entre viñedos y paseos, hemos descubierto en ella a gentes humildes y valerosas, hacendosas y civilizadas; la hemos observado con los ojos del embajador y del preso, del historiador y del curioso, del sabio y del lego..., en una variedad de visiones que si no nos da la verdad, a ella nos aproxima; y hemos comprendido en nuestro viaje que Mora, celtíbera, visigoda, árabe, castellana..., es la peña que nos ha contemplado y cobijado, que nos ha forjado en el correr de los tiempos.

---

<sup>73</sup> No debe extrañar al lector actual el paso por Orgaz, pues no existía aún por entonces la carretera Toledo-Mora —por Nambroca, Almonacid y Mascaraque—, que se proyectó en 1920 y se construyó en los años siguientes.

<sup>74</sup> Según los datos recogidos por Salvador Núñez Morales, en el artículo *Alcaldes de la villa de Mora* (en [Mora Web](#)), don Vicente Pérez Curbelo fue alcalde en los años 1907-1909 y 1914-1915. En 1913 lo era don Helí Gómez del Campo, quien debió de cesar antes de concluir el año, por lo que aquí figura Pérez Curbelo como alcalde interino.

<sup>75</sup> El [Cuerpo de Alabarderos](#) era la guardia real. Creado en 1504 por el rey Fernando el Católico, pervivió hasta 1931, en época de la II República.